

siempre en el principio, y nunca juzgues que has llegado, hasta que llegues á ver á Dios en su gloria. Este es el fin de tu obrar: en llegando allí podrás decir, ya serví á mi Dios; pero miéntras no, dí con el profeta en el salmo setenta y seis: ahora, Señor, empiezo á servirlos: vos, que por vuestra clemencia habeis puesto el principio, perfeccionadlo para gloria de vuestro santo nombre. El segundo documento sea, que has de procurar ante todas las cosas sujetar tu lengua, porque es el miembro mas nocivo que tienes en todo el cuerpo, si no está bien gobernada, como dijo Santiago: \* todo el hombre anda concertado, como el navío con el timon, y el caballo con el freno; y cuando la necesidad te obligare á hablar, lo primero que has de procurar es, que tus palabras sean sencillas, claras y humildes; que se puedan entender de todos, como las de los sagrados apóstoles, que como dice San Cipriano, hablaban su lengua galilea, y eran entendidos claramente de todas las naciones. No hablaba, no, á cada uno en su lengua, porque eso fuera acomodarse á las condiciones de los hombres; y el que quiere hablar á cada uno en su language, habrá de hablar perniciosamente, al vano con términos exquisitos, al soberbio con ponderacion, á unos con ficcion, á otros con política mundana, y á otros con palabras ordinarias; y de esta manera andará contemplando cómo ha de hablar con términos equivalentes á los estilos de cada uno, y no cómo ha de obrar, para no apartarse de lo que Dios ordena y manda. Tu estilo ha de ser siempre con llaneza y sencillez; y esta que no sea afectada. Fuera de esto, has de poner grandísimo cuidado en que todas tus palabras sean hijas de solo el amor de Dios, y no de tu propio amor, afecto ó pasion. Hablaban los apóstoles segun les dictaba el Espíritu Santo, dice el texto; así tú debes hablar, no segun te dictáren las propias pasiones, porque esas se deben reprimir, y hacerlas que callen y no se entremetan en lo que toca solo á la razon, acordándote de aquello que dijo San Pablo: † que la muger ha de estar en silencio, y no ha de tener dominio sobre el varon. Por la muger entenderás la carne, con las pasiones carnales ó el apetito sensitivo; y por el varon has de entender el entendimiento con la razon, como dice Orígenes ‡ y San Agustin. § Este apetito

\* Jacob. vi.

† Hom. viii. in Lev.

† Tim. 1.

§ 3. Gen. cont. Man.

sensitivo debe estar siempre sujeto á la razon: no ha de gobernar ni mandar ni tener dominio alguno sobre la lengua, ni sobre sentido ni potencia alguna; porque de otra manera cegaré la razon, y hará con el alma lo que Eva con Adan, y lo que Jael con Sísara.\*

511. Considera que no obstante tantas maravillas como se veian allí, aunque los mas estaban atónitos, y compungidos, otros hacian burla de los apóstoles, y decian, que estaban cargados de vino, y por consiguiente embriagados. Y aunque aquella mala gente decia y hablaba de los sagrados apóstoles esas palabras por oprobio y afrenta; porque como áfrentaron al Maestro, pretendian confundir y afrentar á los discípulos; con todo digeron verdad; porque realmente los santos apóstoles, dijo San Cirilo Jerosolimitano, estaban embriagados, no con el vino de las viñas terrenas, sino con el de la viña espiritual, plantada en tiempos antiguos por la mano de Dios, y arruinada por los judíos; mas restaurada ya por Cristo nuestro Señor, y renovada en el nuevo testamento y ley santa de la gracia: con el vino de esta viña, que es el divino amor, se habian embriagado los apóstoles; y ¡ojalá todos los que estamos en esta viña bebiéramos y gustáramos del vino que produce, y bebiendo nos embriagáramos! ¡ojalá todos oyéramos al Señor, divino dueño de esta viña, que dando voces á las almas, las convida, diciendo: † comed, amigos, bebed y embriagaos, carísimos. En donde debes considerar, que el que come de los racimos, á ese dice amigo, y el que bebe y se embriaga, ese es el carísimo y mas fino amigo. Comen los de la vida activa, dice Casiodoro, y beben los de la vida contemplativa, los cuales bebiendo, se embriagan; y así como el embriagado se olvida de todo, y sin acuerdo de otra cosa, se entrega al sueño; así aquellos absortos en la meditacion y contemplacion de las obras y grandezas de Dios, olvidados de todo lo temporal y caduco, solo aspiran á los brazos del amado; quien sustentándoles la cabeza con la mano siniestra, y abrazándolos con la diestra, les guarda el sueño, y conjura á las hijas de Jerusalem, que no los inquieten ni despierten. ¡O alma! trabaja por este vino, anhela por beberle; de la vid, que es Cristo, se saca meditando, considerando y contemplando las obras de su santísima vida, pasion y muerte. Estas son como racimos de

\* Judith iv.

† Cant. v. 1.

aquella cepa divina, los cuales exprimidos en el vaso del corazon, destilan el mosto que embriaga. Trabaja, pues, en esto; y si los mundanos hicieren burla de ti, si condenaren tu egercicio, y murmurando de ti, mofaren de tu bebida, déjalos tú; que no han gustado la dulzura de ese vino, que si lo gustaran, si percibieran la suavidad de tan soberano licor, á buen seguro que ellos renunciaran de muy buena gana las heces del cáliz de Babilonia, y trabajaran con anhelo por este.

512. Considera cómo los sagrados apóstoles, prosiguiendo con su predicacion y con grandes prodigios, maravillas y milagros estupendos que Dios obraba por ellos, pues, hasta con la sombra del señor San Pedro sanaban de todas enfermedades, se convirtiéron á la fe de Jesu Cristo multitudes grandes de judíos; por lo cual era grande el odio que los pontífices y fariseos tenian contra ellos: hacian sus juntas y concilios: llamábanlos, y puestos en medio, les preguntaban y examinaban, así de la doctrina, como de los milagros que obraban; y ellos, olvidados de todo temor y cobardía de ánimo, respondian con santa libertad, engrandeciendo á Cristo Salvador nuestro, y confundiéndolos con los grandes pecados y sacrilegios que habian hecho, quitándole la vida y crucificándole entre los ladrones; y siendo el Señor el autor de la vida, le habian trocado por Barrabas, perverso y homicida. Mandábanles que callasen, amenazándoles con grandes castigos. Respondian ellos, que á Dios primero que á los hombres se habia de obedecer. Dábanles de bofetadas y heridas, y apaleados los echaban de sí; y ellos con los oprobios, heridas y afrentas, salian gozosos y alegres, teniéndose por dichosos en padecer todo aquello por el nombre del Señor; y juntos en oracion le daban á su Magestad con grande alegría de sus corazones gracias y alabanzas, porque los hacia dignos de padecer por su santo nombre y por su honra. Volvian á predicar, y cada día crecia el número de los cristianos, los cuales, convertidos á nuestra santa fe, se desposeian de cuanto tenian, vendian sus haciendas y posesiones, y traian á los apóstoles el dinero para que se repartiese entre todos, quedándose pobres y despojados de todas las cosas de esta vida, haciendo ley el consejo del Salvador, que dice, que el que no renunciare todas sus cosas no puede ser su discípulo: se entregaban de todo punto á la oracion, frecuente comunión y divinas alabanzas. Así se

entabló la Iglesia, en pobreza, en caridad, en paciencia y humildad, y así perseveraba en Jerusalem, hasta que creciendo la rabia de los enemigos de Cristo, levantaron grandes persecuciones contra los cristianos, y martirizados unos, y desterrados otros, viendo los sagrados apóstoles que la sacrílega ciudad por sus grandes culpas se habia hecho indigna de la predicacion y doctrina de la verdad, desamparando á los perversos, se esparciéron por el mundo, segun la particion de los reynos y provincias que les habia tocado: reprobada la sinagoga, se levantó la Iglesia católica entre los gentiles, cumpliéndose la profecía de nuestro Salvador, que perdidos y reprobados por malos los Judíos, les quitaria la viña de su Iglesia, y se la daria á los gentiles, los cuales le acudirian con los frutos y réditos á su tiempo. Estos somos nosotros los cristianos, esta es la Iglesia católica, viña del Señor Dios de los egércitos, la cual en sus principios dió colmadísimos frutos de muchos mártires, confesores, anacoretas, vírgenes, continentes y penitentes; mas ahora en lugar de uvas, da agraces, y en lugar de frutos de buenas obras, da espinas y cambrones, con que es ofendido y lastimado el Señor de la viña. Mire, pues, cada uno por sí, y acuérdesse de la sentencia de nuestro Redentor soberano, teniéndola muy en el corazon, cuando dijo, que todos los cristianos éramos sarmientos de esta viña, y que el que no diese fruto, seria cortado y arrojado en el fuego; y el que diese fruto, seria purgado y trabajado, para que diese mas. Temámos, pues la ociosidad, y amémos los trabajos, trayendo siempre á la memoria aquel dicho de San Pablo,\* que un breve y momentáneo trabajo se paga con el peso inestimable de una eternidad de gloria.

513. Considera que María santísima, miétras los apóstoles estuviéron en Jerusalem, vivia con ellos, segun dice el Metafraste, † una vida verdaderamente santa y apostólica, ocupada en enseñar á los apóstoles. Consolaba á los tristes, alentaba á los flacos, esforzaba á los tímidos, socorria á los pobres, y favorecia á todos; de manera, que como dice San Ignacio mártir, ‡ era el único refugio de todos, y todos vivian con increíbles ansias y deseos de verla y oirla; porque ninguno llegó jamas á verla, que no volviese mejor de lo que habia ido. Y para que mejor se conozca esta verdad, quiero poner aquí un pa-

\* 2 Cor. iv.

† Hist. Virg. cap. 10.

‡ Epist. 1.

rágrafo de una carta\* que escribió San Dionisio Areopagita á su maestro San Pablo, despues de haber tenido la incomparable dicha de haber visto á nuestra Señora, y dice así: no creyera yo (delante de Dios lo confieso, ¡ó príncipe de la Iglesia santa!) que fuera de Dios nuestro Señor podia haber cosa semejante á la que yo ví, no solo con los ojos del alma, sino tambien con los del cuerpo; á la deiforme digo, y sobre todos los espíritus celestiales encumbrada la Madre sacratísima de Cristo Jesus, nuestro Señor, la cual me fué concedido ver, por la benignidad y misericordia divina, y por la autoridad del Príncipe de los apóstoles, y por la clemencia perenne de la Virgen purísima. Confieso una y otra vez delante de la divina omnipotencia y de la clemencia suma del Salvador, y de la gloriosa magestad de la deiforme Virgen, Madre suya, que cuando fuí llevado de Juan, cabeza del evangelio y de los profetas, á la presencia de la soberana Virgen, me hallé dentro y fuera de mí, cercado y lleno de tan grande y divino resplandor, bañado todo de tanta fragancia, dulzura, suavidad y todo género de olores, que ni mi cuerpo infeliz, ni mi espíritu podia sufrir, ni ir adelante con insignias de tan grande y eterna bienaventuranza: desfallecia mi corazon, y faltó mi espíritu, oprimido y anegado en la gloria de tanta magestad. Pongo por testigo á Dios, que presente estaba en la Virgen, que si vos no me hubiérais enseñado la verdad, creyera que ella era el verdadero Dios; porque no parece podian tener mayor gloria los bienaventurados, que la que yo, ahora infeliz, y entónces dichosísimo, gozaba cuando la ví. Gracias doy al sumo Bien y Señor mio y mi buen Dios: gracias á la divina Virgen, y á ti, Príncipe de la Iglesia, que me diste el que yo viese y gozase de tanta dicha y tales maravillas. Considera, cristiano, por aquí, ¡qué tales quedaban los que veian y gozaban una vez de la presencia de esta soberana Virgen! ¡Qué aliento, qué fervor, qué devocion, qué consuelo, qué ánimo y valor sacarian de verla, de oir sus dulcísimas palabras y sus santos y divinos consejos, con los cuales animaba, consolaba y fortalecia á todos los que la procuraban por único remedio en sus aflicciones! Y no obstante, que por estas y otras muchas y mayores razones, como dice San Ignacio mártir, † María santísima era estimada, celebrada, deseada y venerada de todos.

\* Epist. ap. Joan. Bonif. lib. 1.

† Epist. 1. ad Joan. Evang.

514. Considera cómo no obstante, esta soberana Princesa padeció grandes contradicciones de los escribas y fariseos; y así escribe el Santo estas palabras: María Salomé y otros conocidos nos escriben, nos cuentan cómo María Madre del Salvador está llena de todas las gracias: que padece persecuciones, tribulaciones, penurias, trabajos, necesidades y pobreza grande; y lo que mas me admira es, que, engrandeciéndola y aplaudiéndola todos, los escribas y fariseos murmuran de ella, la afligen y la dan muchas molestias; mas ella en las tribulaciones y persecuciones está alegre: en las penurias y necesidades no se queja; muéstrase agradecida á los que la injurian, apacible con los que la molestan, amorosa á los que la afligen, y compasiva de los que la murmuran. Ves ahí, cristiano, á tu Señora y tu Reyna afligida, perseguida y atribulada: vesla ahí pobre, necesitada, cargada de penurias, trabajos, contradicciones y murmuraciones. Consuélate por una parte, y animate por otra á padecer, pues oyes que padece tanto la mas pura, santa é inmaculada de las criaturas. Y no pienses que solo en Jerusalem asistia esta soberana Reyna, y que solo allí consolaba y animaba á los fieles. Ya te consta como vino á España, segun la tradicion antigua de Zaragoza, y que allí confortó y animó á Santiago; y asimismo, como dice Nicéfero,\* se halló en Efeso; como tambien lo testifican los padres del concilio Efesino; y asistió, dice Canisio, † como maestra singularísima de todos, con cuyos preceptos, consejos y doctrina se destruyéron los errores y heregias; por lo cual, como dice Artopeo, ‡ los hereges se embravecieron contra nuestra Reyna cruelísimamente, porque no les dejaba parar en parte alguna; porque como sol divino descubria las tinieblas de sus ignorancias y errores, y ellos por esa razon la aborrecian de muerte. Y á este paso puedes piadosamente entender, que como consta que la sacratísima Virgen estuvo en estas dos partes, sin duda alguna asistiria á otras muchas, ya caminando, ya llevada por ministerio de los ángeles, ya escribiendo, consolando y animando con sus cartas, y ya enviando ángeles, que como Reyna de ellos, les mandaria que asistiesen á los necesitados en todas partes; porque como dice Dionisio Richelio, § le mostraba y hacia patente el Señor toda la Iglesia en todas las partes de

\* Hist. de beat. Virg. lib. 2. cap. 21.

† Ib. lib. 5. cap. 1.

‡ In Hist. Virg.

§ Lib. 2. B. Virg.

la tierra y en todos estados; y mostrándosela, claro está, que habia de ser para que mirase por ella, la guardase y conservase por todos los modos y caminos que fuesen mas convenientes para su conservacion. Así puedes considerar, que como águila real, andaba mas por el aire que por la tierra, velando y guardando la Iglesia que su divino Hijo la habia dejado encargada. Considera por último que se volvió á Jerusalem, en donde murió; y puesta su habitacion en el cenáculo, se entregó toda á los egercicios de la contemplacion; y como dice la historia virginal,\* de continuo visitaba los lugares santos. Iba al monte Calvario, y allí consideraba la sangre derramada de su santísimo Hijo para lavar los pecados del mundo, y allí derramaba la divina Señora muchas lágrimas, y era atormentada con grande compasion su tiernísimo corazón: de allí pasaba al sepulcro; y contemplaba la gloria de la resurreccion de su Hijo sacratísimo, y era su alma regalada con inmensa alegría: pasaba de allí al monte Olivete; desde donde subió al cielo su santísimo Hijo; y viendo estampadas en la tierra sus divinas plantas, postrada en el suelo, las besaba y reverenciaba, y su alma era elevada á la consideracion de la gloria de su santísimo Hijo, y se inflamaba en su amor, deseando sumamente verle y gozarle.

515. Considera cómo tambien mentalmente desde su recogimiento visitaba su casa de Nazareth, y contemplaba la encarnacion, y en Belen el nacimiento: pasaba los desiertos hasta Egipto: iba al Jordan al bautismo, á las tentaciones del desierto, al monte Tabor; y volviendo por las casas de Anas, Caifas, Heródes y Pilato, iba corporalmente al Calvario, como queda dicho; y así consumaba los días y noches en oraciones y lágrimas, hecha un clarísimo espejo y perfectísimo eemplar de toda santidad y virtud: estaba en cuerpo mortal, mas viva en él; y como fuera de él, meditaba, consideraba y contemplaba continuamente la vida, la doctrina y passion, la cruz, la muerte y las glorias de su divino Hijo: tan grande, tan excelsa é inaudita era la contemplacion de esta soberana Reyna. ¡Qué luz, qué claridad, qué resplandor, qué gloria, qué fragancia, qué olor y suavidad celestial y divina no se registraba desde afuera en aquel corto aposentillo de su recámara! ¡Cuántas veces bajaban á él coros de ángeles, arcángeles, querubines y serafines, se oian celestia-

\* Multi ap. Joan. Bonif. lib. 1. cap. 18.

les, sauvísimas y dulcísimas músicas y canciones! ¡Cuántas veces la visitó la Magestad de su santísimo Hijo, encerrándose en aquel aposento tanta luz y claridad, que en su comparacion son tinieblas las luces de los cielos! Hasta aqui Guarrico, abad. Ve tú ahora premeditando cada cosa de estas de por sí, haciéndote presente á todo, y hallarás grandes motivos de paciencia, de caridad, de humildad, de fortaleza, de pobreza, de esperanza y amor con que se inflamará tu alma en deseos de imitar á tu Reyna y Señora.

### TRANSITO

#### *De la Virgen Santísima.*

516. Considera en el tránsito y gloriosísima muerte de nuestra soberana Reyna y Señora; y ante todas cosas advierte, que lo que de este punto digo, y lo mismo de su gloriosísima Asuncion, no consta del sagrado texto, sino que lo dicen gravísimos santos y autores fidedignos, como San Dionisio Areopagita, San Juan Damasceno, Nicéforo, Simon Metafraste, Vicencio Velvacense, San Vicente Ferrer, Cartagena, Bernardino de Bustos y otros muchos.\* Y así has de pensar, que estando nuestra Señora tan entregada á la contemplacion de la vida, muerte y gloria de su santísimo Hijo, segun queda dicho en la consideracion antecedente, cada día se le inflamaba mas el alma en una llama de amor inmenso; y de esa llama se originaban en su purísimo corazón vivísimas ansias y deseos ardentísimos de salir de este mundo, y gozar de la presencia de su santísimo Hijo en el reyno de su gloria. Estas ansias arrojaban como encendidas flechas y tiernísimos suspiros, que por instantes sonaban y se oian en el trono de la inefable, beatísima y Santísima Trinidad, con los cuales, movidas las entrañas piadosísimas de su divino Hijo, queriendo dar cumplimiento á los deseos de su Madre, le envió al arcángel San Gabriel, que como dice San Vicente Ferrer, fué siempre el nuncio y embajador de Dios para nuestra Reyna y Señora. Apareciósela ese glorioso

\* D. Dion. Areop. cap. 3. de Div. Nomin. Damas. Serm. 2. de Dormit. Cartux. tom. 3. fol. 46.